

Thomas Piketty

Salir de la democracia en tres tercios.

Blog del autor, 14 de junio de 2022.

¿Es posible salir de la democracia en tres tercios y reconstruir una división izquierda-derecha centrada en cuestiones de redistribución y desigualdad social, en Francia y, en general, a escala europea e internacional? Este es el tema central de las actuales elecciones legislativas.

Recordemos primero los contornos de la democracia en tres tercios, tal como se expresó durante la primera vuelta de la elección presidencial. Si sumamos los distintos candidatos de los partidos de izquierda y ecologista, obtenemos el 32% de los votos para el bloque de izquierda, que puede calificarse de social-planificador o social-ecológico. Combinando los votos emitidos a Macron y Pécresse, obtenemos también el 32% de los votos para el bloque liberal o de centro-derecha. Llegamos exactamente a la misma puntuación del 32% sumando los tres candidatos del bloque nacionalista o de extrema derecha (Le Pen, Zemmour, Dupont-Aignan). Si dividimos el 3% del candidato ruralista inclasificable (Lassale) entre los tres bloques, llegamos a tres tercios casi perfectamente iguales.

Esta tripartición se explica en parte por las especificidades del sistema electoral y la historia política del país, pero sus fundamentos son más generales. Cabe señalar que la democracia de tres niveles de ninguna manera significa el fin de las divisiones políticas basadas en clases sociales e intereses económicos divergentes, sino todo lo contrario. El bloque liberal logra con diferencia sus mejores puntuaciones entre los votantes más aventajados socialmente, sea cual sea el criterio utilizado (ingresos, patrimonio, diploma), especialmente entre los de mayor edad. Si este " [bloque burgués](#) logra reunir un tercio de los votos, esto también se debe en gran medida a la evolución de la participación electoral, que ha pasado a ser significativamente superior entre los más adinerados y de mayor edad que entre el resto de la población en las últimas décadas, lo que antes no ocurría. De facto, este bloque ha creado una síntesis entre las élites económicas y patrimoniales que anteriormente votaron por el centro-derecha y las élites educadas que habían tomado el control del centro-izquierda en casi todas partes desde 1990, como lo muestra [World Political Cleavages and Inequality](#) base de datos

Con una participación igualitaria en todos los grupos sociodemográficos, este bloque solo reuniría apenas una cuarta parte de los votos y no podría pretender gobernar solo. Por el contrario, el bloque de izquierda estaría en gran medida a la cabeza, porque obtiene mejores resultados entre las clases trabajadoras, y especialmente entre los más jóvenes. El bloque nacionalista también avanzaría, pero más levemente, porque el perfil de su voto popular es más equilibrado entre grupos de edad.

En cierto modo, se podría decir que esta tripartición hace referencia a las tres grandes familias ideológicas que han estructurado la vida política durante más de dos siglos: liberalismo, nacionalismo, socialismo. Desde la Revolución Industrial, el liberalismo se ha basado en el mercado y el desarraigo social de la economía y seduce principalmente a los vencedores del sistema. El nacionalismo responde a la crisis social resultante cosificando la nación y las solidaridades etnonacionales, mientras que el socialismo intenta, no sin dificultad, promover la emancipación universalista a través de la educación, el conocimiento y el reparto del poder.

Más en general, siempre hemos sabido que el conflicto político es estructuralmente inestable y multidimensional (brecha identitaria y religiosa, brecha rural-urbana, brecha socioeconómica, etc.) y no puede reducirse a un eterno conflicto unidimensional izquierda-derecha recurrente idéntico tiempo extraordinario.

Sin embargo, en muchas configuraciones observadas en el pasado, o al menos en las que se han mantenido, la cuestión social tomó el relevo y definió el eje principal del conflicto político, oponiendo una izquierda social-internacionalista a una liberal-conservadora.

La novedad de la situación actual es que la cuestión social ha perdido intensidad, en parte porque la izquierda en el poder ha diluido su ambición transformadora y muchas veces se ha unido al liberalismo que ha triunfado desde la caída del comunismo, por lo que la cuestión de la identidad ha tomado el control.

Lo que define a la democracia en tres tercios es en primer lugar que las clases trabajadoras están profundamente divididas en torno a la cuestión migratoria y poscolonial: el electorado popular joven y urbano tiene una sociabilidad más mixta y vota por el bloque de izquierda; por el contrario, el electorado popular menos joven y más rural se siente abandonado y se vuelca al bloque nacionalista. El bloque burgués espera mantenerse perpetuamente en el poder a través de esta división, pero esta apuesta es arriesgada y peligrosa, porque la retórica desplegada por el bloque nacionalista (y muchas veces alentada por el bloque burgués) no conduce a ninguna salida constructiva y solo exacerba los conflictos estancados.

Contrariamente a lo que afirman los otros dos bloques, el bloque de izquierda no es ajeno al tema de la inseguridad: por el contrario, es el más capaz de reunir recursos fiscales para fortalecer la policía y la justicia. En cuanto a la acusación de comunitarismo, es particularmente inepta. Si los jóvenes de origen inmigrante votan masivamente por el bloque de izquierda es porque es el único que los defiende del racismo ambiental y se toma en serio el tema de la discriminación.

El retorno a una confrontación centrada en la cuestión social es una necesidad, no porque el bloque popular siempre tenga razón frente al bloque burgués (nunca es fácil fijar el cursor correcto en la escala de la redistribución), sino porque ese los conflictos mediados por clases sociales ofrecen más grano para moler y permiten que la democracia funcione. Esperemos que estas elecciones ayuden.